

EDITORIAL

El último libro de la Biblia suscita en la mayoría de sus lectores un sentimiento antagónico. Hay aquellos que le aman y hay aquellos que no les gustan ni siquiera escuchar el nombre.

El Apocalipsis está lleno de misterios, tanto en el sentido moderno de la palabra como en el sentido bíblico, en particular. Así que, como todos los misterios, el libro tanto repele como atrae al lector. Muchos ya clamaron, exasperados: “¡No puedo entender una sola palabra!”. Otros, en un tono de arrogancia, dicen que entienden todo. Ante estas reacciones, creo que es muy saludable que dediquemos un trimestre estudiando una parte de este precioso libro.

Por desgracia, no será posible estudiar todo el libro en este trimestre. Nos centraremos en los primeros siete capítulos. Observaremos los mensajes de Jesús a su Iglesia, al estudiar las cartas a las siete iglesias. Este estudio será muy valioso, ya que vivimos una crisis sin precedentes, de integridad e identidad, en la iglesia evangélica. En muchos lugares se ve claramente un abismo entre lo que se predica y lo que se vive; entre el discurso y la práctica.

Hay quien diga que la Iglesia contemporánea tiene discurso, pero no tiene la vida; tiene carisma, pero le falta carácter; tiene influencia política, pero no tiene poder espiritual. Hay una esquizofrenia instalada en nuestro medio. Nos convertimos en una Iglesia ambigua y contradictoria, en que el discurso mascara la vida, y la vida reprueba el discurso.¹

Por esta razón, es posible encontrar en una misma congregación personas que disfrutan de una intensa comunión con Dios, y otras espiritualmente asténicas. Se ve, por desgracia, pocos cristianos que viven y mueren por el Evangelio, y otros que negocian la verdad y la cambian por ventajas inmediatas. También existe la sobrevaloración del crecimiento numérico, a expensas del crecimiento cualitativo.

Vivimos en la era de las mega-iglesias, de los mega-templos. No es raro ver una iglesia que explota numéricamente, pero que se atrofia espiritualmente. Una iglesia que tiene cinco mil kilómetros de extensión, pero sólo cinco centímetros de profundidad. Una iglesia que se jacta de producir decenas de biblias de estudio, pero produce una generación de analfabetos en la Biblia.²

Ante eso, surge la necesidad de volvernos al primer amor. Necesitamos un avivamiento que nos traiga el frescor de la vida abundante en Cristo Jesús. Carecemos ser una Iglesia fiel que prefiera la muerte a la apostasía. Una Iglesia santa que prefiera el martirio al pecado. Una Iglesia que ama la Palabra más que la ganancia. Una Iglesia que llore por sus pecados y por las almas que perecen, y no por las dificultades de esta vida. Necesitamos una Iglesia que tenga visión misionera y compasión por los que sufren. Una Iglesia que tenga ortodoxia y piedad, doctrina y vida, discurso y práctica. Una Iglesia que predica a los oídos y a los ojos. Todo eso encontramos en el libro de Apocalipsis.

¹ LOPES, Hernandes Dias. *Ouçã o que o Espírito diz às igrejas: uma mensagem de Cristo à sua igreja*. São Paulo: Hagnos, 2010, p. 8.

² LOPES, Hernandes Dias. *Op. cit.*, p. 8

Durante este trimestre, seremos desafiados por un mensaje urgente de Dios a su Iglesia. Un mensaje de desafíos y estímulos. La oración de todos los involucrados en la producción de esta serie de lecciones es que Dios hable a su Iglesia y que tengamos nuestros oídos muy atentos a lo que el Espíritu dice a las Iglesias.

Que Dios hable a tu corazón.

Pr. Jonas Sommer y equipo.